

EDUCACIÓN CRISTIANA PARA LAS NUEVAS GENERACIONES

■ ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA

Introducción: planteamiento del problema

Permitirán que comience mis palabras aludiendo a la celebración en Madrid de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud en agosto de 2011.

Centenares de miles de jóvenes de todo el mundo acudieron a la llamada que Benedicto XVI les había lanzado en 2008 en Sydney para encontrarse en Madrid con el Papa y celebrar su fe. “Fue, y lo sabéis – decía el Papa a su regreso a Roma – un acontecimiento eclesial emocionante. Cerca de dos millones de jóvenes de todos los continentes vivieron, con alegría, una formidable experiencia de fraternidad, de encuentro con el Señor, de compartir y de crecimiento en la fe: una verdadera cascada de luz”.¹

La calidad humana y religiosa de aquella juventud pacífica, solidaria, generosa y alegre, convirtió la ciudad de Madrid en el reflejo de esa “humanidad nueva” que nace y se desarrolla con la fe en Cristo. La riada de jóvenes católicos, gozosamente identificados con la Iglesia, despertó una gran esperanza en nuestras comunidades: ¡Es posible transmitir la fe a las nuevas generaciones! ¡Hay una juventud de hoy que es Iglesia al cien por cien!

Decía el Beato Juan Pablo II, iniciador y gran animador de estos encuentros, que “son los mismos jóvenes los que han inventado la Jornada Mundial de la Juventud”. Él sólo había respondido – afirmaba – a una necesidad de los jóvenes.

El primer encuentro tuvo lugar en el Domingo de Ramos de 1984 con ocasión del Año Santo de la Redención. El Comité organizador preveía unos 60.000 participantes y acudieron ¡250.000! Al año siguiente llegaron a Roma 300.000. No eran “turistas” aquellos jóvenes que se reunían en tiempos de oración y de catequesis, para encontrarse finalmente con el Papa. Esos jóvenes sentían el deseo de encontrarse, de compartir su experiencia, de escuchar una palabra de fe, de mirar juntos hacia el futuro, de confirmar su propio compromiso. Juan Pablo II intuyó que estas respuestas juveniles manifestaban una

¹ Benedicto XVI, *Audiencia general*, miércoles 24.VIII.2011, en *Ecclesia* 3.586/87 (3 y 10.IX.2011), 14; y en *Benedicto XVI, Discursos en la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid*, edición preparada por Jesús de las Heras Muela, BAC, Madrid 2011, 133.

profunda búsqueda de Cristo: “Lo buscáis en la plenitud de esa verdad que es Él mismo en la historia del hombre”, les explicó a los jóvenes.²

Aquellos encuentros romanos pasaron al ámbito mundial. Primero en Buenos Aires en 1987. En 1989 en Santiago de Compostela, con su profundo significado cristiano para Europa, donde me fue confiada por el Papa la responsabilidad de acoger la que sería la IV Jornada Mundial de la Juventud. En 1991 Częstochowa fue el primer gran encuentro entre los jóvenes del este y oeste de Europa tras la caída del muro de Berlín. Y siguieron los encuentros multitudinarios, alternando la ciudad de Roma con otras ciudades: Denver, Manila, París, Toronto... Tras el fallecimiento de Juan Pablo II, el Papa Benedicto XVI los continuó en Colonia y Sydney. En Madrid ha convocado a los jóvenes para el año 2013 en Río de Janeiro. Ya ha comenzado la peregrinación de la Cruz y del Icono de la Virgen de la mano de los jóvenes brasileños.

Millones de jóvenes se han movilizado a lo largo de estos años, llenando calles y plazas de las grandes metrópolis, anunciando a Cristo, adorando al Señor, contando y cantando su fe. Estos jóvenes católicos, a los que Juan Pablo II llamó “centinelas de la mañana”, son generaciones nuevas de jóvenes dispersos por el planeta, pero todos “arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”.

¿No estamos ante un “signo de los tiempos”, suscitado por el Espíritu, que deberíamos reconocer en todo su alcance actual para la misión de la Iglesia? Las Jornadas Mundiales de la Juventud, a mi entender, nos invitan a recuperar aspectos centrales de una pedagogía cristiana para la juventud del Tercer Milenio.

Es evidente que los jóvenes que acuden a estos encuentros no son todos los jóvenes católicos, y menos aún la multitud de jóvenes del mundo a los que hay que anunciar el Evangelio. Tenemos por delante una tarea enorme, que no carece de obstáculos. La situación humana, moral y espiritual de la juventud ha sufrido los efectos de los rápidos cambios sociales, económicos y culturales de la humanidad. La formación de los jóvenes encuentra dificultades de naturaleza sociológica y psicológica o de índole cultural, filosófica y teológica. Sin duda, como afirma Benedicto XVI, “educar jamás ha sido fácil, y hoy parece cada vez más difícil. Lo saben bien los padres de familia, los profesores, los sacerdotes, y todo los que tienen responsabilidades educativas directas. Por eso, se habla de una gran ‘emergencia educativa’,

² *Homilía*, 27.III.1988, Misa del Domingo de Ramos, III Jornada Mundial de la Juventud.

confirmada por los fracasos en los que muy a menudo terminan nuestros esfuerzos por formar personas sólidas, capaces de colaborar con los demás y de dar un sentido a su vida”.³ Y el Papa insiste: “Como he reafirmado en varias ocasiones, se trata de una exigencia constitutiva y permanente de la vida de la Iglesia, que hoy tiende a asumir carácter de urgencia e incluso de emergencia”.⁴

Urge, por tanto, la tarea de formar a la juventud.

Para abordar nuestro tema, precisaremos primero la idea de “educación cristiana” y la situación de las “nuevas generaciones” a las que se dirige; luego habrá que proponer un camino formativo acertado; finalmente, mencionaremos algunos ámbitos de singular relevancia educativa en la actualidad.

I. La educación cristiana

Primeramente hay que decir que la educación cristiana es “educación”, esto es, una transmisión de conocimientos y un cultivo de aprendizajes, de cualidades y de actitudes, todas ellas necesarias para el desarrollo de la vida personal y social de la persona. Es una tarea que requiere metodologías propias, y subsidios pedagógicos adecuados, así como su renovación y puesta al día.

No obstante, la atención por los medios y los modos no debe marginar los contenidos y los fines de la educación. La tarea de educar aspira a la formación *integral* de la persona, de sus cualidades morales, intelectuales y espirituales. En realidad, la concepción de la educación depende de la concepción del hombre que se tenga. Si toda buena pedagogía presupone una buena antropología, tanto más cuando se trata de la educación cristiana, cuyos contenidos específicos derivan de la visión del mundo y del hombre a la luz del designio salvador de Dios.

Este año celebramos el cincuenta aniversario del inicio del Concilio Vaticano II. Entre sus documentos se cuenta la Declaración *Gravissimum educationis* sobre la educación cristiana de la juventud. Esta Declaración presupone el contenido de la Const. past. *Gaudium et spes*, donde el Concilio expone la antropología cristiana con ocasión de responder a los permanentes interrogantes de la humanidad: qué es el hombre, cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, qué hay después de esta vida temporal.

La respuesta a estas preguntas sobre el sentido de la existencia humana y su destino final, sólo es completa y verdadera, en su realidad existencial,

³ Benedicto XVI, *Mensaje a la Diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación* (21.I.2008).

⁴ Benedicto XVI, *Discurso a la Conferencia Episcopal Italiana* (28.V.2009).

cuando se considera al hombre ante Dios, creado por su amor, caído y herido por el pecado, salvado por Cristo, y llamado a un destino de comunión plena en Dios. El Concilio propone a Cristo Salvador como la clave de la existencia humana. “En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”.⁵

La verdad completa sobre el hombre es Cristo, que ilumina al ser humano para que pueda responder a su vocación. En consecuencia, dice el Papa Benedicto XVI, no “es posible (...) una verdadera educación sin la luz de la verdad”,⁶ que nos ha sido revelada en Jesucristo, Camino, Verdad y Vida. No hay “educación” completa y verdadera, si se renuncia a la visión cristiana del hombre y del mundo (Romano Guardini).

De modo que la identidad de la pedagogía cristiana deriva de una antropología propiamente teológica. Conviene mencionar, guiados por la fe de la Iglesia, los elementos antropológicos constitutivos de esta “educación cristiana”.

1. Ante todo, la persona es un *ser esencialmente relacional*, llamado a la comunión en su dos dimensiones fundamentales, internamente relacionadas: a la vertical con Dios; y a la horizontal con los demás hombres. En palabras de Juan Pablo II: “Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza: llamándolo a la existencia por amor, lo ha llamado al mismo tiempo al amor. Dios es amor y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor. (...) Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y consiguientemente la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión”.⁷
2. En consecuencia, el ser humano está llamado a trascender este mundo mediante la apertura de sí mismo en primer lugar y *de manera esencial a Dios*. La educación religiosa se deriva de esta dimensión trascendente de la persona. Sin educación religiosa se privaría a los jóvenes de un elemento esencial para su desarrollo personal. “Los niños y los adolescentes – dice el Concilio – tienen derecho a que se les estimule a apreciar con

⁵ Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 22.

⁶ Benedicto XVI, *Discurso con ocasión de la apertura del Congreso eclesial de la diócesis de Roma sobre la familia y la comunidad cristiana* (6.VI.2005).

⁷ Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Familiaris consortio* (22.XI.1981), n. 11.

recta conciencia los valores morales y a aceptarlos con adhesión personal y también a que se les estimule a conocer y amar más a Dios”.⁸

3. Además, la persona – sigue diciendo el Concilio – *es un ser social* que “no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás”.⁹ Es un constitutivo humano el ser-con y para-los-otros, una relación que se actúa en el amor. Esta “relacionalidad” viene especificada primeramente en la diferencia sexual de hombre y mujer. La comunión conyugal es la expresión primera de la verdad del hombre como “imagen de Dios”.

Pero el amor dilata a la persona más allá de su vida privada y de los afectos familiares, hasta asumir a la entera humanidad. La educación cristiana supera así una visión individualista y favorece el desarrollo de las virtudes cívicas y de la responsabilidad personal y social. Forma personas capaces de asumir las necesidades ajenas porque, en palabras de Juan Pablo II, “todos somos verdaderamente responsables de todos”.¹⁰

La Iglesia misma es “la gran familia de Dios, mediante la cual Él forma un espacio de comunión y unidad entre todos los continentes, las culturas y las naciones”.¹¹ En la Iglesia la fuerza del Espíritu une a los creyentes a imagen del amor trinitario, y “transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre”, dice Benedicto XVI.¹² La Iglesia es “la casa y la escuela de la comunión”¹³ para conducir a los hombres y mujeres a la comunión trinitaria, y así consolidar las relaciones fraternas entre los hombres. “A partir de la comunión intraeclesial – afirma Juan Pablo II – la caridad se abre por su naturaleza al servicio universal, proyectándonos hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano”.¹⁴

4. Sin embargo, *el proyecto original* de Dios para la humanidad se ve *comprometido por el pecado*. El hombre está herido, histórica y socialmente, en lo más íntimo de su ser por el pecado de origen y por sus pecados actuales. “El hombre – sigue diciendo el Concilio – cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males,

⁸ Concilio Ecuménico Vaticano II, Declaración *Gravissimum educationis*, n. 1.

⁹ Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 12.

¹⁰ Juan Pablo II, Carta encíclica *Sollicitudo rei socialis* (30.XII.1987), n. 38.

¹¹ Benedicto XVI, *Homilía en la Vigilia de oración en Marienfeld* (20.VIII.2005).

¹² Benedicto XVI, Carta encíclica *Deus caritas est* (25.XII.2005), n. 19.

¹³ Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6.I.2001), n. 43.

¹⁴ Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6.I.2001), n. 49.

que no pueden tener origen en su santo Creador”.¹⁵ La ruptura con Dios afecta a las relaciones del hombre consigo mismo, con los demás y con la entera creación. “Es esto lo que explica la división íntima del hombre. Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Más todavía, el hombre se nota incapaz de dominar con eficacia por sí solo los ataques del mal”.¹⁶

Pero *Dios no abandonó al hombre* en la soledad de su impotencia. En la plenitud de los tiempos ha enviado a su Hijo, para que el hombre recobre, en el Espíritu, la comunión con el Padre: “el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándole interiormente y expulsando al príncipe de este mundo, que le retenía en la esclavitud del pecado”.¹⁷

Toda educación cristiana ha de tener en cuenta, por tanto, que el hombre es débil y pecador, pero ha sido salvado del pecado y de la muerte por la gracia de Jesucristo. He aquí los dos factores radicales en la formación de la persona: el hombre creado y caído, pero redimido por el Señor, que le ofrece la gracia para su libre acogida. Si el pecado mantiene su potencia destructora, más fuerte es el amor de Cristo que restaura la naturaleza herida. Nadie hay totalmente perdido. Toda persona está llamada a abrirse a Cristo con la convicción del Apóstol Pablo: Jesús “me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál 2, 20).

5. También en la fe somos instruidos acerca de nuestra vida temporal y en la esperanza de los bienes futuros. Por la gracia de Cristo somos llamados hijos de Dios, y lo somos de verdad; pero todavía no se ha realizado la manifestación con Cristo en la gloria, cuando seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es. “Esperamos el cumplimiento de ‘la esperanza bienaventurada y la llegada de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo’, quien ‘transfigurará nuestro pobre cuerpo en un cuerpo glorioso semejante al suyo’”.¹⁸ Cristo resucitado nos libera de la muerte para conducirnos a la vida plena en Dios. Esta esperanza nos sostiene mientras llevamos a cabo la obra que el Padre nos ha confiado en este mundo. “Mientras toda imaginación fracasa ante la muerte – dice *Gaudium et spes* – la Iglesia, aleccionada por la Revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz”.¹⁹ La edu-

¹⁵ Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 13.

¹⁶ Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 13.

¹⁷ Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 13.

¹⁸ Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 48.

¹⁹ Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 18.

cación de la juventud no debe silenciar el destino último de la humanidad. Sería tremendo condenar a los jóvenes a una existencia sin esperanza y sin sentido, ausente de ideales y de proyectos definitivos.

En síntesis, la cosmovisión cristiana nos habla del Dios Trino, que es comunión de Personas, Creador del mundo y del hombre a imagen suya en el amor; una imagen dañada por el pecado, pero restaurada en Cristo, hombre perfecto, que nos transforma por el Espíritu para que crecer en Él hasta que Dios sea todo en todos.

II. Las nuevas generaciones

Este designio divino de salvación ha de ser anunciado a las nuevas generaciones. Sin embargo, la tarea encuentra obstáculos de enorme calado en la actualidad, cuyas causas se remontan tiempo atrás. Nuestras “generaciones jóvenes” son los hijos y nietos de aquellos otros jóvenes de la “generación del 68”.

1. La “generación del 68” y sus consecuencias educativas

En aquel momento se produjo una radical protesta contra la sociedad libre y democrática de la postguerra, que de manera inesperada parecía carente de legitimidad para los numerosos jóvenes que se manifestaban en las ciudades occidentales. Se trataba sobre todo de una ruptura cultural y espiritual con la tradición y las instituciones que la representaban: familia, sociedad, moral, religión, Iglesia. Quizá el tedio de una sociedad preocupada de sólo intereses materiales llevó a aquellos jóvenes a buscar promesas de libertad absoluta, de vida “auténtica” sin límites. Un anárquico “prohibido prohibir” se unía paradójicamente con la fascinación por el marxismo y la sublimación de sus epígonos del momento (Che Guevara, Mao Tse Tung...).

Debilitado el fervor inicial, aquellas utopías revolucionarias, incapaces de construir alternativas a la tradición que destruían, dejaron un amargo legado de desencanto y escepticismo. El campo había quedado sembrado de sal. Quedó el abandono de la educación religiosa y moral de los hijos; el abandono de la educación en la fe y de la práctica cristiana. Quedó una orfandad intelectual y afectiva, sin verdaderos maestros ni modelos de referencia. Quedó la desorientación moral y espiritual en los proyectos y objetivos de la existencia. Quedó una crisis de esperanza y de sentido, sustituido por el utilitarismo del éxito y de la satisfacción individual a toda costa. La “vida buena moral” fue sustituida por una “buena vida” hedonista...

2. El “*Sitz im Leben*” de la educación cristiana en la actualidad

Aquella ruptura cultural y espiritual del 68 no ha sido superada. Antes bien, sus consecuencias son evidentes en el clima en el que crecen las actuales generaciones juveniles. El relativismo moral y el individualismo permean las sociedades desarrolladas, propiciando un desinterés por las verdades fundamentales de la vida humana. Un nihilismo irracional hace del simple deseo individual el único criterio de valoración. Basta pensar en la ideología “pro choice”, con la libertad subjetiva como argumento decisivo a favor del aborto; o en la “ideología de género” que considera la condición sexuada de varón o mujer como un constructo cultural o el resultado de meras opciones individuales.

Nuestro contexto histórico-espiritual es, pues, “un mundo en el cual el desafío cultural ocupa el primer puesto, el más provocador y portador de más efectos”.²⁰ Los jóvenes encuentran cosmovisiones contrastantes, difundidas desde poderosos centros mediáticos, económicos y políticos. Las nuevas tecnologías de la información influyen en las imágenes y las vivencias de los jóvenes. El relativismo y el olvido de Dios, el escepticismo espiritual y religioso, provoca un gran daño, pues induce a la persona joven, decía Juan Pablo II, “a considerar la propia vida y a sí mismo como un conjunto de sensaciones que hay que experimentar, más bien que como una obra a realizar”.²¹ La inestabilidad familiar impide el contrapeso de unos padres que se sienten impotentes, o han dimitido de la misión de educar. La consecuencia es una profunda desorientación existencial y afectiva de los jóvenes en un período delicado de su crecimiento y maduración, exponiéndoles a ser “sacudidos por las olas y llevados aquí y allá por cualquier viento de doctrina” (Ef 4, 4). Surgen así jóvenes sin Dios, sin Iglesia, sin padres, sin hermanos, sin responsabilidad.

Como es natural, para las corrientes ideológicas relativistas resulta enojosa la persistencia de criterios cristianos en la sociedad. Asistimos al constante intento de *desacreditar* el patrimonio intelectual, ético y cultural de la Iglesia y del cristianismo. En realidad, se trata de relegar la religión y la cuestión de Dios al ámbito de las opiniones socialmente irrelevantes. Pero, con ello, ¿no se declara irrelevante también la cuestión del hombre? Un ser humano desvinculado “esencialmente” de Dios también termina perdiendo el reconocimiento social de su dignidad personal.

²⁰ Juan Pablo II, *Discurso a padres, estudiantes y docentes de las escuelas católicas* (23.XI.1991), n. 6.

²¹ Juan Pablo II, Carta encíclica *Centesimus annus* (1.V.1991), n. 39.

Es urgente, por tanto, ofrecer a los jóvenes una educación integral, que no se reduzca a una mera transmisión de conocimientos, sino que desarrolle todas las dimensiones de la persona humana. La “emergencia” educativa que mencionaba Benedicto XVI requiere un decidido compromiso por parte de todos los ámbitos educativos. Dice un proverbio africano que “para educar a un niño se necesita a toda la tribu”. Es una gran verdad, pues la educación se lleva a cabo en un contexto comunitario, con la implicación de todas las instancias.

Ante todo, la *familia* es el ambiente originario que orienta la personalidad de los hijos. Su labor educativa debe ser apoyada por la escuela, la Iglesia y la sociedad. El Concilio Vaticano II recuerda que a los padres “corresponde el derecho de determinar la forma de educación religiosa que se ha de dar a sus hijos, según sus propias convicciones religiosas”.²² La marginalización de la religión equivale a asumir una posición ideológica que produce un daño irreparable en las jóvenes generaciones. En una sociedad pluralista, el derecho a la libertad religiosa exige que se asegure la presencia en la escuela de la enseñanza de la religión conforme a las convicciones de los padres. Un Estado verdaderamente democrático, decía Juan Pablo II, “se pone al servicio de los ciudadanos, de todos los ciudadanos, respetando sus derechos, sus convicciones religiosas”.²³

3. *El impacto en la Iglesia y su superación*

Es claro el *impacto* de la situación en los jóvenes de la Iglesia. Si dirigimos la atención a la comunidad cristiana, hay que reconocer con franqueza que el impacto de estas ideologías también ha producido, en no pocos casos, una secularización interna de ambientes eclesiales. En realidad, hay muchos jóvenes que no han sido iniciados en la fe o que lo han sido de modo muy deficiente. No pocos se han apartado de la fe de sus padres, o sienten inseguridad y dudas ante las verdades fundamentales de la fe y de la vida cristiana. Otros han abandonado la vida de la gracia y sienten una debilidad práctica ante la realidad del pecado en sus vidas. Otros muestran recelo o falta de compromiso ante las propuestas de participación activa en la vida de la Iglesia. En muchos casos se da un retraimiento apostólico, que es consecuencia de no tener claras las razones de la fe y de la vida cristiana.

²² Concilio Ecu­mé­ni­co Vaticano II, Declaración *Dignitatis humanae*, n. 5.

²³ Juan Pablo II, *Discurso a los Cardenales y a los colaboradores de la Curia Romana* (28.VI.1984).

Pero existen motivos para la esperanza. Porque también hay numerosos jóvenes que son Iglesia de manera consciente y llenos de amor a Jesucristo, sin miedo a manifestarlo públicamente; liberados de los prejuicios de un humanismo inmanentista, y con entusiasmo apostólico para llevar la fe a sus amigos y a toda la sociedad; jóvenes que han cultivado sus capacidades humanas, ajenos a la cultura de la muerte y sensibles al sufrimiento material y espiritual de los hombres.

Son motivo para la esperanza las *nuevas realidades eclesiales* que el Espíritu suscita en su Iglesia, y que son instancias de formación que ya constituyen una gozosa realidad. En estas comunidades muchos jóvenes encuentran a Cristo en la Palabra, en los sacramentos, en la oración. Su fe crece y madura en un clima de comunión eclesial, en la reciprocidad de las diversas vocaciones y en la misión compartida. “Los movimientos eclesiales, dice Juan Pablo II, siguen dando a la Iglesia una viveza que es don de Dios”.²⁴

Son motivo para la esperanza *los nuevos sacerdotes*, que ya provienen de estas “nuevas generaciones”, y han seguido la llamada del Señor con plena conciencia del contexto en que desarrollan su tarea. Sacerdotes jóvenes, ajenos a problemáticas ya superadas. Sacerdotes que invitan a la conversión y proponen a Cristo como el centro de la existencia, sin apocamientos ante las posibilidades de los jóvenes. Su ministerio es una “corriente de aire” fresco en las comunidades donde sirven.

Entre esas comunidades se cuentan naturalmente las *nuevas Parroquias*, animadas por un espíritu evangelizador donde los jóvenes son acogidos y acompañados en su relación con Dios. *Cristo* sigue suscitando *atractivo*, hoy como siempre, en estas comunidades donde los jóvenes encuentran *ofertas y espacios de oración y de adoración* al Señor. En tales contextos crece una “tensión” evangelizadora, donde los jóvenes intercambian las experiencias de fe, con sencillos gestos y signos de amistad o mediante “las redes sociales” de comunicación interactiva. Son lugares de comunión para “sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como ‘uno que me pertenece’”.²⁵ Surgen numerosos *voluntariados*, que son escuelas de generosidad. En ese clima de entrega a los demás, oración y alegre serenidad, los jóvenes pueden discernir de modo personal la llamada divina a la santidad, ya sea en el celibato apostólico o en el matrimonio. De esta forma, surgen *nuevas formas de vida sagrada* entre quienes crecen en comunidades vivas

²⁴ Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6.I.2001), n. 43.

²⁵ Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6.I.2001), n. 43.

y evangelizadoras. Al calor de la comunión con Jesús y de la comunión fraterna crece una renovada e interiorizada conciencia de la catolicidad, con afectuosa *adhesión a la Iglesia*, al Papa y a los Pastores. Y los laicos toman conciencia viva de su responsabilidad por santificar el mundo *ab intra* tanto en el ámbito público como en el privado, con ocasión del ejercicio profesional y en sus relaciones familiares, sociales, etc.

Todas éstas, y otras muchas expresiones vitales, son luces de esperanza para la formación cristiana de las “nuevas generaciones”. Señalan un “camino” para la educación de la juventud. Cabría describir ese camino con una sencilla fórmula: introducir a los jóvenes en la vida de fe, iniciarlos en la vida litúrgica y comprometerlos en la vida apostólica.

III. El Camino

En realidad, toda renovación en la Iglesia es un retorno a lo originario, también en el ámbito de la formación cristiana. Una educación en la fe siempre debe nutrirse de las fuentes de donde deriva su razón de ser. Esas fuentes son el conocimiento de la Palabra de Dios en la Sagrada Escritura y en la Tradición; Palabra que se hace eficaz en la celebración litúrgica y sacramental, y dispone al cristiano para la Misión.

1. La introducción en la vida de la fe

El primer paso ha de ser la comunicación a los jóvenes de la gran experiencia de la verdad de Cristo. Para ello se *requiere la presentación íntegra y directa del Misterio de Cristo*. “Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien Tú has enviado” (Jn 17, 3). Este es el anuncio central: Jesús, Hijo de Dios, muerto y resucitado por nosotros, nos revela el amor del Padre y nos comunica su Espíritu, y así somos regenerados a una *vida nueva* en la Iglesia, para que vivamos con Él como hijos de Dios, ahora y en la vida eterna.

El Misterio de Cristo ha de ser presentado en toda su *integridad*. La formación doctrinal en la actualidad ha de ser particularmente cuidada, sin reducir a Cristo a la condición de un “hombre bueno”, y su Evangelio una simple filantropía. Jesús es el Hijo encarnado, Dios y hombre, Camino, Verdad y Vida. Es posible la transmisión de la fe a los jóvenes cuando no se les escamotea el Evangelio en toda su fuerza y su belleza; cuando se les abre el camino hacia Jesucristo, el Hijo de Dios vivo, sin adulteraciones ni recortes según la pobre medida de las ideas humanas. “La prioridad que está por encima de todas – ha señalado Benedicto XVI – es hacer presente a Dios en este mundo y abrir a los hombres el acceso a Dios. No a un dios cualquiera, sino al Dios

que habló en el Sinaí; al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor llevado hasta el extremo en Jesucristo crucificado y resucitado (cf. Jn 13, 1)”²⁶.

Sin conocimiento de los contenidos de la fe, es difícil, por no decir imposible, la comunión en la Iglesia. Sobre la urgencia de afrontar esta adecuada pedagogía de la fe ha hablado recientemente el Santo Padre: “Los elementos fundamentales de la fe, que antes sabía cualquier niño, son cada vez menos conocidos. Pero para poder vivir y amar nuestra fe, para poder amar a Dios y llegar por tanto a ser capaces de escucharlo del modo justo, debemos saber qué es lo que Dios nos ha dicho; nuestra razón y nuestro corazón han de ser interpelados por su palabra” (Benedicto XVI, Homilía en la Misa Crismal, 2012). Para afrontar este reto educativo encontramos la ayuda – sigue la cita del Papa – “en primer lugar en la palabra de la Iglesia docente: los textos del Concilio Vaticano II y el Catecismo de la Iglesia Católica son los instrumentos esenciales que nos indican de modo auténtico lo que la Iglesia cree a partir de la Palabra de Dios. Y, naturalmente, también forma parte de ellos todo el tesoro de documentos que el Papa Juan Pablo II nos ha dejado y que todavía están lejos de ser aprovechados plenamente” (Benedicto XVI, Carta *Porta Fidei* n. 11).

Es necesaria, en consecuencia, una cuidada catequesis y una sólida formación en la fe de los grupos juveniles, que esté a la altura de los actuales desafíos culturales. Un campo doctrinal especialmente vivo para los jóvenes es el del Evangelio del amor: la educación para conocer y vivir la verdad del amor humano en Cristo.

Junto a esta pedagógica y sólida formación doctrinal, parece muy oportuno adoptar una decidida pastoral vocacional: plantear a los jóvenes –y en general a todos los fieles cristianos– la radicalidad del seguimiento de Cristo, que se deriva del hecho sublime del Bautismo. Ahí se encuentra el núcleo del conjunto de las enseñanzas conciliares: la llamada universal a la santidad, como recordó el Papa Pablo VI (Carta Apostólica *Sanctitas clarior*, 19-III-1969). “Si a los jóvenes se les presenta a Cristo con su verdadero rostro – escribió Juan Pablo II – ellos lo experimentan como una respuesta convincente y son capaces de acoger el mensaje, incluso si es exigente y marcado por la Cruz. Por eso, vibrando con su entusiasmo, no dudé en pedirles una opción radical de fe y de vida, señalándoles una tarea estupenda: la de hacerse ‘centinelas de la mañana’ (cf. Is 21,11-12) en esta aurora del nuevo milenio” (Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, n. 9).

²⁶ *Discurso a la Plenaria de la Congregación para el Clero* (16.III.2009).

Ahora bien, la fe es un don de Cristo, que sale al encuentro del hombre. Por eso, hay que *ofrecer ocasiones, espacios y de formas de oración* en que los jóvenes puedan “dejarse encontrar por Él” de manera tal que Cristo determine su existencia personal.²⁷ Las Jornadas Mundiales de la Juventud evidencian la alegría que brota del existir personal en Cristo, en quien los jóvenes han encontrado al Hermano, con quien somos hijos del Padre; al Amigo, que da su sangre redentora por nosotros y nos fortalece con su Espíritu; al Señor, a quien es posible consagrar por entero la vida y la muerte.

Para encontrar a Cristo hay que buscarle en la Iglesia, que es su Cuerpo. “Seguir a Jesús en la fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia. No se puede seguir a Jesús en solitario”, dijo Benedicto XVI a los jóvenes en la Eucaristía de clausura de la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid. “Quien cede a la tentación de ir por su cuenta – seguía diciendo el Papa – o de vivir la fe según la mentalidad individualista que predomina en la sociedad, corre el riesgo de no encontrar nunca a Jesucristo o de acabar siguiendo una imagen falsa de Él (...) Os pido, queridos amigos, que améis a la Iglesia, que os ha engendrado en la fe, que os ha permitido conocer mejor a Cristo, que os ha hecho descubrir la belleza de su amor”.²⁸ No es infrecuente presentar una Iglesia “problematizada” por cuestiones que resultan extrañas a los jóvenes, y que sólo preocupan a ciertos ambientes clericales trasnochados. La verdadera imagen de la Iglesia surge cuando se *ofrece y se presenta a la Iglesia como “el lugar” por excelencia para la plena y realizada experiencia de fe*. Sólo es posible seguir al Señor junto con los hermanos, en la comunión de la fe, cuya roca firme es la confesión de fe de Pedro. Es necesario, en consecuencia, ofrecerles ámbitos donde caminen eclesialmente en *compañía y amistad* con otros jóvenes, con los que reciben el impacto del Señor que han encontrado en el camino, y cuyo amor experimentan juntos.

Con la experiencia de Cristo que sale al encuentro en la Iglesia, emerge espontánea *la propuesta de una fe concretada y realizada a través del proyecto de la propia existencia, en todos los órdenes de la vida*. La adhesión a Cristo supone una vida cristiana seria, que aspira a la santidad. Una formación cristiana ha de interpelar a los jóvenes en un momento de la vida en el que han de tomar opciones determinantes, y así puedan orientar su existencia de modo duradero hacia Cristo.

²⁷ Antonio M^a Rouco Varela, *Homilía en la Misa de apertura de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud*, en *Ecclesia* 3584/85 (20 y 27.VIII.2011) 14; y en *Discursos*, BAC, 20.

²⁸ *Ecclesia*, 49; *Discursos*, BAC, 105s.

2. La introducción en la liturgia de la Iglesia

Introducir en la fe es también iniciar en la celebración del Misterio de Cristo. La Liturgia, dice el Concilio, “contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia”.²⁹ La liturgia es la escuela del espíritu cristiano, donde se aprende que la “nueva vida” no es obra nuestra, sino obra de Dios en nosotros. La comunión con Cristo no es posible sin la participación activa en la liturgia y en la oración de la Iglesia. Los jóvenes son capaces de tal participación y están abiertos a comprenderla y a vivirla mejor cuando se les facilita los medios adecuados. Una buena catequesis litúrgica introduce a los jóvenes en la celebración del Sacrificio Eucarístico, que “es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza”.³⁰ El Sínodo de los Obispos del año 2006 habló de la *forma eucarística* de toda vida cristiana, porque en la celebración eucarística el Señor nos asocia a su ofrenda para que toda la existencia se transforme en culto agradable a Dios (cf. Rm 12, 1).

Además, la comunión del Cuerpo y de la Sangre del Señor es el *fundamento de la comunión eclesial* y del amor fraterno. La importancia de la Eucaristía es decisiva para vivir en “la Comunión de la Iglesia”. En ella pedimos al Espíritu Santo que “congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo” (Plegaria Eucarística II). De aquí surgirá también una connatural implicación de los jóvenes en el servicio de la caridad y de la solidaridad con los que más sufren.

La liturgia es *escuela de plegaria y de reconocimiento agradecido* de la presencia activa de Dios en el mundo. De la celebración litúrgica surge la actitud permanente de acción de gracias y de oración, que debe alimentarse también en espacios que ayuden a los jóvenes a descubrir, en palabras de Benedicto XVI, “el significado y la belleza de estar con Jesús”, especialmente al acompañarle en adoración eucarística. Por eso, el Papa sugiere que “cuando sea posible, sobre todo en los lugares más poblados, será conveniente indicar las iglesias u oratorios que se pueden dedicar a la adoración perpetua” (n. 67).

La fuerza y belleza espiritual de los signos litúrgicos favorece el sentido de lo sagrado. La dimensión *contemplativa y estética* de los ritos, los ornamentos, el lugar, la palabra y el canto, la sencillez de los gestos y la sobriedad de los signos, realizados según el orden litúrgico, comunican el Misterio y

²⁹ Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, n. 2.

³⁰ Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, n. 10.

educa a los jóvenes en la contemplación de Dios. Un buen *ars celebrandi* atrae más a los jóvenes que la artificiosidad de añadiduras inoportunas.

La gratitud por la cercanía del Señor, invita a los jóvenes a descubrir que la libertad que Cristo nos ha ganado desenmascara la falsa libertad del pecado. La imagen de miles de jóvenes acudiendo a la “Fiesta del Perdón”, como se llamó a la celebración continuada de confesiones en el parque del Retiro de Madrid, es un signo elocuente de la “demanda” que hacen los jóvenes de la reconciliación sacramental. Es necesario facilitar a los jóvenes la experiencia del perdón en el sacramento de la penitencia, en el que la gracia del Señor otorga la *fuerza interior para superar el mal y el pecado*, a pesar de la propia fragilidad. Además, frecuentar el Sacramento de la penitencia es vital para vivir la Comunión eucarística con un mínimo de verdad y de coherencia cristiana.

En la liturgia vivimos ya en la Comunión de los Santos y en la esperanza de la gloria eterna. Celebrar la Eucaristía y los sacramentos sitúa a los jóvenes en este horizonte *espiritual y escatológico* que todo hombre necesita para poder orientar sus propias decisiones: estamos en el mundo, pero peregrinamos “en el Señor”. La liturgia ayuda a comprender que “lo humano está ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos”.³¹ Esta conciencia estar “de paso” ayuda a los jóvenes a situar el valor de los acontecimientos a la luz de Dios.

3. La introducción en la vida apostólica

Educación en la vida cristiana es introducir a los jóvenes en la misión de la Iglesia. “Los jóvenes – decía Juan Pablo II – no deben considerarse simplemente como objeto de la solicitud pastoral de la Iglesia; son de hecho – y deben ser incitados a serlo – sujetos activos, *protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación social*”.³² Las Jornadas Mundiales de la Juventud evidencian que ¡son los mismos jóvenes quienes se han convertido en evangelizadores de sus compañeros y de los mayores!

Si se *presenta en toda su belleza humana y espiritual el ideal del sí a Cristo* en toda la existencia, los jóvenes asumen con entusiasmo el compromiso apostólico de su vocación cristiana en el mundo, con una acción transformadora de las realidades temporales, sin avergonzarse de mostrar públicamente su pertenencia al Señor y a la Iglesia. De manera que es necesario promover el espíritu apostólico

³¹ Concilio Ecu­mé­ni­co Va­ti­ca­no II, Con­sti­tu­ción *Sacrosanctum Concilium*, n. 2

³² Exhortación apostólica *Christifideles laici* (30.XII.1988), n. 46, cursiva del texto.

y poner a las comunidades en “estado de misión”; ofrecer cauces a los jóvenes y comprometerlos en la experiencia del apostolado participado y asociado con objetivos y programas concretos de acción y misión. También hay que proponerles la acción evangelizadora directa y habitual en sus propios ambientes: en la familia, con los amigos y compañeros de escuelas, de talleres de trabajo, de la Universidad.

Cuando los jóvenes hacen experiencia personal de Cristo, y comparten la alegría de la fe con los demás, se hacen capaces de leer los signos la voluntad del Señor para ellos. Benedicto XVI, al despedirse de los voluntarios de la Jornada Mundial de Madrid, les decía: “Es posible que en muchos de vosotros se haya despertado tímida o poderosamente una pregunta muy sencilla: ¿qué quiere Dios de mí? ¿Cuál es su designio sobre mi vida? ¿Me llama Cristo a seguirlo más de cerca? ¿No podría yo gastar mi vida entera en anunciar al mundo la grandeza de su amor a través del sacerdocio, la vida consagrada o el matrimonio? Si ha surgido esta inquietud, dejaos llevar por el Señor”.³³

De esa manera directa y sencilla el Papa invitaba a los jóvenes a descubrir la voluntad de Dios sobre sus vidas y a responder con amor decidido. Hay que *invitar sin temor a los jóvenes a tomar opciones de vida cristiana*, que para cada uno se concreta en responder a una llamada personal – vocación divina – para cumplir el sentido de su propia existencia según los designios eternos de Dios: bien sea en el sacerdocio, o en la vida consagrada; bien sea en la vida laical, en el celibato apostólico o en el matrimonio. El diálogo y el consejo, la experiencia de otros que viven con alegría su propia llamada, ayudará al joven a asumir compromisos.

Para ayudar a los jóvenes a discernir su vocación cristiana en la Iglesia, también resulta indispensable la propuesta gozosa del aprecio y cultivo de las virtudes humanas básicas – fundamento de las virtudes sobrenaturales: la humildad, la sinceridad, la generosidad, el desprendimiento y la laboriosidad y, en este momento de nuestra sociedad, se muestra imprescindible una rica pedagogía de la templanza, motivando sin miedo el ejercicio de la castidad que, sin ser la principal virtud, condiciona el ejercicio de las demás, además de constituirse como requisito para estar en condiciones para corresponder tanto a la llamada de Dios en el celibato apostólico como en el matrimonio; en este caso, para que puedan formar de verdad una “iglesia doméstica” (cfr. Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 11).

Una pastoral juvenil orientada al discernimiento, dotada de una buena formación doctrinal, litúrgica y espiritual, en un marco que permita desarrollar las virtudes cristianas, ofrece una buena base para la pastoral vocacional.

³³ *Ecclesia*, 53; *Discursos*, BAC, 120s.

Singular importancia tienen los testigos de la fe para iluminar el camino cristiano. “Dios manifiesta a los hombres en forma viva su presencia y su rostro, en la vida de aquellos, hombres como nosotros, que con mayor perfección se transforman en la imagen de Cristo”.³⁴ Al contemplar *los modelos de los grandes Santos y Mártires de ayer y de hoy* que han seguido a Cristo, los jóvenes descubren el camino de la santidad no de manera teórica, sino a partir de un testimonio vivo de fe y de amor. Especial resonancia tienen para los jóvenes los grandes santos modernos, más cercanos a sus circunstancias actuales.

La Santísima Virgen María, madre y educadora de Cristo, lo es también de los hombres. María es modelo de los discípulos del Señor, pues aceptó la palabra divina, abrazó la voluntad del Padre, y se consagró con generosidad a la obra de la salvación. Su amor materno nos protege mediante su intercesión solícita. Introducir a los jóvenes en el *conocimiento de María y fomentar su devoción filial* es camino directo para encontrar a Jesús. Los jóvenes lo saben bien cuando acompañan al Icono de la Virgen junto a la Cruz de las Jornadas Mundiales de la Juventud.

IV. Dos ámbitos “claves” para la educación cristiana de los jóvenes de hoy

Antes de concluir, conviene mencionar dos ámbitos claves para la educación cristiana. Me refiero al Colegio y la Universidad; y a los Medios de comunicación social.

1. Colegio y Universidad

En el Colegio y en la Escuela católica, y también en los centros de titularidad estatal o social no confesionales, los jóvenes deben encontrar un itinerario de formación intelectual, humana y espiritual, que no se reduzca al objetivo individualista de conseguir un título profesional. Una educación integral ha de ampliar la mirada de los jóvenes al mundo que los rodea, desarrollar su capacidad crítica y de valoración ética y moral; siempre con sentido de responsabilidad y con voluntad de empeño constructivo en la sociedad. Además de conocimientos “útiles”, los estudiantes necesitan una “sabiduría” acerca del sentido de la existencia, que oriente sus energías hacia el conocimiento de la *verdad plena*.

Con mayor razón, las instituciones educativas surgidas de la iniciativa de las familias religiosas, de las diócesis, de los movimientos eclesiales, o de ciu-

³⁴ Concilio Ecu­mé­ni­co Va­ti­ca­no II, Con­sti­tu­ción dog­má­ti­ca *Lumen Gentium*, n. 50.

dadanos católicos, han de ser un lugar de educación integral de la persona a través de un proyecto educativo que tiene su fundamento en Cristo.

Los católicos que trabajan en la educación, sea pública, de iniciativa social o de titularidad eclesial, han de sobresalir por su competencia profesional. A la vez, han de considerar su tarea “como una vocación personal en la Iglesia y no sólo como el ejercicio de una profesión”.³⁵ En palabras de Juan Pablo II, “los fieles laicos maestros y profesores en las diversas escuelas, católicas o no, han de ser verdaderos testigos del Evangelio, mediante el ejemplo de vida, la competencia y rectitud profesional, la inspiración cristiana de la enseñanza, salvando siempre —como es evidente— la autonomía de las diversas ciencias y disciplinas”.³⁶ Esto es posible cuando los educadores son personas con una vida personal arraigada en Cristo. De ese modo, el testimonio de vida y la palabra oportuna de sus maestros podrán formar en los jóvenes “los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida”.³⁷

“La síntesis entre fe, cultura y vida tiene su lugar paradigmático en la *universitas magistrorum et scholarium*, profesores y estudiantes que buscan juntos la verdad en todos los saberes”, dijo Benedicto XVI en el inolvidable encuentro con jóvenes profesores universitarios en El Escorial el 19 de agosto de 2011.

La atención de la Iglesia al ámbito universitario ha de dirigirse a los profesores porque — se preguntaba el Papa en el citado encuentro — “¿dónde encontrarán los jóvenes esos puntos de referencia en una sociedad quebradiza e inestable? A veces se piensa que la misión de un profesor universitario sea hoy exclusivamente la de formar profesionales competentes y eficaces que satisfagan la demanda laboral en cada preciso momento (...). En cambio, la genuina idea de Universidad es precisamente lo que nos preserva de esa visión reduccionista y sesgada de lo humano”. Y remitía el Papa a su experiencia personal en tiempos de postguerra y escasez, cuando “todo lo suplía la ilusión por una actividad apasionante, el trato con colegas de las diversas disciplinas y el deseo de responder a las inquietudes últimas y fundamentales de los alumnos”. Esto es decisivo porque, seguía diciendo el Papa, “los jóvenes necesitan auténticos maestros; personas abiertas a la verdad total en las diferentes ramas del saber, sabiendo escuchar y viviendo en su propio

³⁵ Congregación para la Educación Católica, *El laico católico, testigo de la fe en la escuela* (15.X.1982), n. 37.

³⁶ Exhortación apostólica *Christifideles laici* (30.XII.1988), n. 62.

³⁷ Pablo VI, Exhortación apostólica post-sinodal *Evangelii nuntiandi* (8.XII.1975), n. 19.

interior ese diálogo interdisciplinar; personas convencidas, sobre todo, de la capacidad humana de avanzar en el camino hacia la verdad”.

La atención pastoral a profesores y estudiantes universitarios pide una adecuada oferta de espacios de diálogo entre fe y razón; entre cultura, ciencia y teología, para generar una síntesis que supere las informaciones sectoriales y conduzca hacia la verdad completa. La fuerza argumentativa del raciocinio y el desarrollo del espíritu crítico han de caracterizar a los universitarios. Una racionalidad que no clausura la inteligencia en límites artificiales, sino que respeta su apertura universal a la entera realidad y, por tanto, abierta a lo “más real”, que es Dios mismo y su acción en el mundo.

Es necesario animar a profesores y estudiantes universitarios para el formidable diálogo y debate cultural que tiene lugar desde hace años en la sociedad occidental. Una cierta inhibición, y un clima intelectual adverso, han podido retraer a los católicos de su presencia eficaz en el mundo de la cultura. Es posible también que no hayamos prestado la atención debida a la Universidad para ofrecer formas adecuadas de acompañamiento. Existen posibilidades todavía no exploradas que podrían emerger en un diálogo entre los Pastores, los profesores y los estudiantes.

2. Los medios de comunicación

El desarrollo de los medios de comunicación es uno de los rasgos distintivos de la sociedad actual. Sin duda, la Iglesia “acoge y fomenta con peculiar solicitud – afirma el Concilio – aquellos [avances] que más directamente atañen al espíritu del hombre y que han abierto nuevos caminos para comunicar con más facilidad, noticias, ideas y doctrinas de todo tipo”.³⁸ Pero tenemos el desafío de integrar el mensaje cristiano en la “nueva cultura” que estos poderosos medios crean y amplifican. Para la Iglesia “el uso de las técnicas y tecnologías de comunicación contemporáneas – dice Juan Pablo II – forma parte de su propia misión en el tercer milenio”.³⁹

Las instituciones eclesiales han dado pasos en el aprovechamiento de estos medios para la información, la evangelización y la catequesis, la educación y la formación de los agentes de pastoral. No obstante, las urgencias cotidianas no deberían restar energías en un campo tan decisivo para la difusión de las ideas. Urge un cambio de mentalidad, porque vivimos en una cultura “mediática”. No cabe olvidar que, para la mayoría de los contemporáneos, y en particular para la multitud de jóvenes que viven “conectados”

³⁸ Concilio Ecu­mé­ni­co Va­ti­ca­no II, De­cre­to *Inter mirífica*, n. 1.

³⁹ Carta apost. a los Responsables de las Comunicaciones Sociales (24-I-2005), n. 2.

de continuo, los medios de comunicación son los principales, y a veces únicos, puntos de referencia para su conformación individual, familiar y social. A esta gran mayoría, también entre los católicos, sólo les llega la imagen de la Iglesia que reflejan los medios. Es necesario, pues, *dedicar recursos y personal para la pastoral de los medios de comunicación social*. En este ámbito, los consejos de los expertos son indispensables.

Además, es importante estimular las empresas de comunicación llevadas por profesionales que, bajo su responsabilidad, ofrezcan alternativas a los actuales monopolios mediáticos. En no pocos lugares se echan de menos los medios generalistas (periódicos, revistas, radio, televisión, cine, etc.) que transmitan una visión cristiana de la vida. No son empresas fáciles, a la vista de sus requerimientos económicos y organizativos. Pero vale la pena animar el compromiso de los católicos en este campo.

Finalmente, los profesionales que trabajan en los medios han de encontrar en la Iglesia el reconocimiento de su tarea, muy difícil con frecuencia; y también facilitarles una atención prioritaria de los Pastores que les ayude a sostener el sentido educativo y apostólico de su trabajo.

Conclusión

Durante las Jornadas Mundiales de la Juventud muchas personas han sido tocados por la gracia de la fe. No son pocas las conversiones y los frutos espirituales. Obviamente es imposible medir los efectos de la gracia en el corazón de los fieles, jóvenes o mayores. Muchos han vuelto a recibir los sacramentos mejor preparados, y otros se han acercado a ellos por primera vez o desde hacía mucho tiempo. Para todos suponen un reforzamiento de su fe y vida cristiana. “La magnífica experiencia de la Jornada Mundial de la Juventud, en Madrid, – dice Benedicto XVI – ha sido también una medicina contra el cansancio de creer. Ha sido una nueva Evangelización vivida. Cada vez con más claridad se perfila en las Jornadas Mundiales de la Juventud un modo nuevo, rejuvenecido, de ser cristiano”.

Las Jornadas Mundiales de la Juventud, decía al comienzo de mi intervención, constituyen verdaderamente un “signo de los tiempos”. Nos ofrecen una clara orientación para una eficaz pedagogía cristiana en la vida ordinaria de las comunidades cristianas, y así llevar a cabo con renovado ardor la “nueva evangelización” mediante el anuncio directo de Cristo y de su Evangelio.

Que la Virgen María, Madre nuestra, nos ilumine en estos momentos de la vida de la humanidad, para que, como los sirvientes en la bodas de Caná, sigamos su invitación: “Haced lo que él os diga” (Jn 2, 5).